

El momento europeo: la Unión como oportunidad

Domenèc Ruiz Devesa

Diputado al Parlamento Europeo por el PSOE
Miembro del Comité Federal de la Unión de los
Federalistas Europeos

Durante meses y meses, hemos oído a periodistas, analistas, políticos e incluso profesores universitarios e investigadores propalar la idea de una victoria de los eurófobos en las elecciones al Parlamento Europeo de mayo de 2019 o cuando menos, de un aumento significativo que les permitiera bloquear esta institución clave. Esta predicción no tenía ningún fundamento en los sondeos que se venían publicando, incluyendo los estudios mensuales que compilaba la propia Eurocámara. En efecto, los resultados han vuelto a mostrar una clara mayoría pro-europea compuesta por democristianos, socialdemócratas, liberales y verdes, mientras que los euroescépticos y los eurófobos (que no son lo mismo) han pasado de controlar el 23% de los escaños (antes estaban en el 20%). Todo esto a pesar del éxito electoral de personajes como Salvini, Le Pen y Farage, que a pesar de ser los más votados en tres países clave, no representan el sentir general de la ciudadanía europea.

Esta intoxicación no es nueva. La viene denunciando con tesón el catedrático Francisco Aldecoa, el muy activo presidente del Consejo Federal Español del Movimiento Europeo. Ya en 2014, se oyeron advertencias semejantes en el contexto de un descontento generalizado contra las políticas de ajuste fiscal a ultranza, pero tampoco se produjo entonces un triunfo del nacional-populismo en las elecciones europeas.

Ciertamente, en esta ocasión la situación era diferente. En 2015, se producía la crisis en la gestión de los flujos de refugiados. En 2016, los británicos votaban por salir de la Unión. En 2018, la ultraderecha tomaba el poder en Italia en alianza con los populistas del Movimiento 5 Estrellas.

Sin embargo, también es verdad que a la altura de 2019 la Eurozona encadenaba varios años de crecimiento económico, a pesar de las desigualdades generadas por la crisis, y que la Comisión Europea presidida por Juncker había flexibilizado el Pacto de Estabilidad y Crecimiento, lanzado un Plan de Inversiones para Europa por valor de 300.000 millones de euros e iniciado una campaña contra la elusión fiscal de las grandes multinacionales. Sin duda, muchos analistas subestimaron estos factores.

Hay que sumar la formación en España de un gobierno muy europeísta, encabezado por Pedro Sánchez, y el liderazgo absoluto de Josep Borrell en la campaña electoral al Parlamento Europeo, por lo que de los 54 escaños españoles solamente 3 fueron para Vox, formación pseudo-soberanista que ni siquiera se ha unido al grupo de Le Pen y Salvini que se ha formado en la Eurocámara.

¿A qué se debe, pues, la tendencia al fatalismo en lo que respecta a los asuntos europeos por parte de medios y observadores? Por un lado, parece que las supuestas malas noticias tienen más audiencia que los análisis ponderados. Por otro, da la sensación de que criticar acerbamente a la Unión Europea resulta en los ambientes elitistas más chic, lo que aparentemente proporciona un aura de superioridad intelectual frente a aquellos que tienden a poner de relieve los logros para, a continuación, identificar errores e insuficiencias con un espíritu constructivo.

Por lo demás, el enfoque de los llamados en un tiempo "eurocríticos" (la etiqueta ha ido cayendo en desuso) suele mezclar en su crítica las consideraciones sobre las políticas adoptadas y el funcionamiento de las instituciones, lo que puede confundir y desorientar a la ciudadanía, resultando en una

descalificación del proyecto en su conjunto, y hasta de la idea europea, para regocijo de euroescépticos y eurófobos.

Los resultados de las elecciones europeas han vuelto a producir una clara mayoría pro-europea, compuesta por democristianos, socialdemócratas, liberales y verdes.

En todo caso, sin llegar al encantamiento, fenómeno imposible en toda sociedad abierta y democrática, el electorado se ha mostrado en general mucho más europeísta (y acertado) que las luminarias eurocríticas, lo que venía siendo evidente en todos los sondeos del Eurobarómetro desde 2016, que han mostrado un aumento considerable y sostenido del apoyo a la UE y al euro, como resultado del referéndum británico sobre la permanencia. Claramente, el Brexit ha cohesionado a la ciudadanía, a los Estados y a las instituciones en torno a la idea de avanzar en el proyecto común, a pesar de las diferencias geográficas en asuntos clave como la culminación de la unión monetaria y la política migratoria.

Dicho esto, y pesar de la probada resiliencia del proyecto europeo, no hay que caer en ningún tipo de complacencia, pues nada en la historia es irreversible. La Unión ha recibido una oportunidad de demostrar lo que puede hacer por los ciudadanos en los próximos cinco años. Esto debe concretarse en la provisión de bienes públicos europeos por ejemplo, financiando la transición ecológica hacia una economía neutral en emisiones de CO₂, y orientando todas las políticas económicas, monetarias y fiscales hacia el pleno empleo. También es imprescindible establecer un sistema común de gestión de los flujos migratorios, eficaz y solidario, y extraer todos los beneficios de la inmigración, fundamental para detener el invierno demográfico del, nunca mejor dicho, viejo continente.

Si la UE no es, en cambio, capaz de asegurar un crecimiento económico duradero, sostenible y equilibrado, y de corregir las desigualdades, entonces los nacional-populismos seguirán amenazando no solo

las democracias nacionales, sino el propio proyecto de integración, el cual deberá convertirse en una verdadera unión política federal, superando los vetos nacionales y reforzando el papel del Parlamento Europeo, si es que Europa quiere pesar en el mundo y ser un actor global. La Eurocámara tiene una especial responsabilidad en lanzar e impulsar la adopción de un Tratado Constitucional Europeo.

No será fácil cumplir estas expectativas que coinciden con la agenda de la socialdemocracia europea, sobre todo la española. Los socialistas han quedado como segunda fuerza en la Eurocámara, además de perder una treintena de diputados. El Partido Popular Europeo (PPE) ha vuelto a ser la fuerza más votada, pero también ha visto sus apoyos mermados. Han mejorado, en cambio, liberales y verdes, los cuales son necesarios sobre todo los primeros para formar una mayoría pro-europea estable (no dan los números para formar una alianza progresista desde Macron a Tsipras, como en su día propusiera el candidato del Partido Socialista Europeo a presidente de la Comisión Europea, Frans Timmermans).

La única posibilidad de contar con un socialista a la cabeza de la Comisión pasaba porque los populares europeos renunciaran a presidir esta institución y dieran su apoyo a Timmermans. Gracias a la exitosa negociación emprendida por Pedro Sánchez, comisionado por los socialistas europeos, la canciller Merkel aceptó proponer al holandés, pero no así buena parte de su partido.

El apoyo de los progresistas puede estar condicionado a compromisos concretos en lo relativo a la Europa social (salario mínimo europeo, etc.), la creación de un Banco Europeo del Clima para financiar la transición ecológica y la culminación de la Europa política.

Así las cosas, y descartado el candidato del PPE Manfred Weber, vetado por el presidente Macron, el Consejo Europeo propuso a Úrsula von der Leyen, ministra alemana de Defensa y miembro de la Unión Cristiano Demócrata alemana (la CDU), como presidenta del ejecutivo comunitario. Además, un socialista español de larga trayectoria, Josep Borrell, era nombrado Alto Representante para la Política Exterior y de

Seguridad. Al proponerse una alemana para liderar la Comisión, el halcón Weidmann quedaba descartado como presidente del Banco Central Europeo, en favor de la francesa Lagarde. Por último, el belga Michel se hacía con la presidencia del Consejo Europeo.

La propuesta del Consejo Europeo conforma un equipo fuertemente europeísta. Von der Leyen y Borrell son federalistas europeos. Eso sí, la alemana no se ha presentado a las elecciones y por tanto no se ha respetado el principio del *spitzenkandidaten*, según el cual el Consejo Europeo debe proponer como presidente de la Comisión a uno de los candidatos principales (en este caso Weber,

Lo que sí que es posible es condicionar el apoyo de los progresistas a compromisos concretos en lo relativo a la Europa social (salario mínimo europeo, etc.), la creación de un Banco Europeo del Clima para financiar la transición ecológica y la culminación de la Europa política.

Es evidente que el sistema del *spitzenkandidaten* debe ser perfeccionado. Para empezar, la gran mayoría de los electores no son conscientes de que los partidos políticos europeos tienen candidatos a presidir la Comisión. El grado de conocimiento de nombres como Weber o Von der Leyen por parte del electorado español diferirá



Timmermans y Keller, de Los Verdes) que logre formar una mayoría en el Parlamento Europeo.

Ahora bien, ninguno de estos tres candidatos contaba con una mayoría en la Eurocámara, y al contrario que en 2014, cuando se posicionó en favor de Juncker, esta institución no ha indicado ningún nombre. Aquellos grupos y diputados que se disponen a votar visceralmente en contra de la señora Von der Leyen el 16 de julio, debieran al menos ser capaces de proponer al Parlamento un nombre alternativo que concitara una mayoría más amplia. Dudo mucho que ese nombre exista.

solo en términos marginales y no significativos. Esto solo se corregirá si los partidos políticos nacionales hacen campaña por sus respectivos *spitzenkandidaten*, lo que solo será posible con la introducción de una circunscripción electoral paneuropea adicional a las de ámbito estatal, de modo que la ciudadanía pueda votar directamente a los candidatos a presidir la Comisión Europea. Como dijera Altiero Spinelli, padre del federalismo europeo, el camino que hay que recorrer no es rápido ni seguro, pero debe ser recorrido, y lo será. **TEMAS**